

Se tiene por verdad incontrovertible, que se construyó esta capilla, con el piadoso fin de guardar en ella, la corona de espinas y los trozos antedichos de madera de la cruz, reliquias que, según versiones autorizadas, reposan actualmente en *Notre Dame*.

Parece que fuera, este precioso edificio, un himno de piedra de ritmos de flores, alzándose mudamente al empírico, para loar a Dios...

Se nos llena el alma de poesía y el corazón de encantos, delante de este monumento que es gala de París...

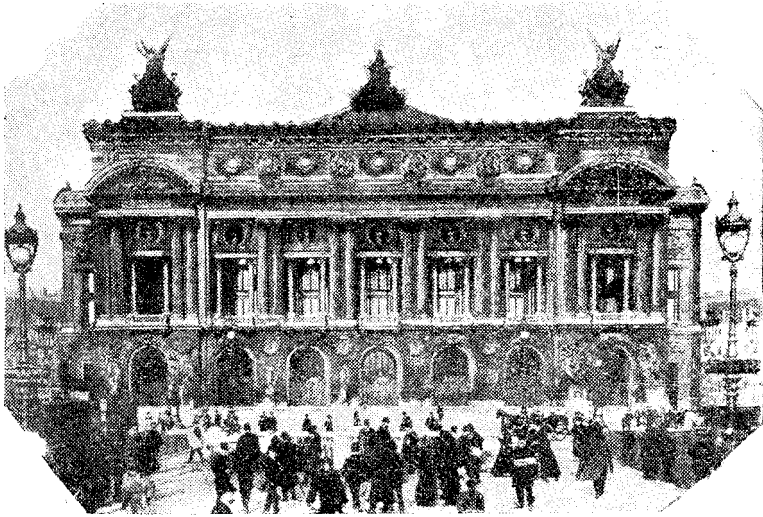
La tarde está triste, la tarde está gris; los habitantes de esta gran ciudad, discurren por todas partes, bulliciosamente, bajo un toldo de bruma tenue, nosotros discurrimos también, buscando curiosidades y regocijos nuevos, sin hartarnos aún, de los que hemos atesorado, para filmar nuestras Películas de Viaje...

LIII

PARIS

Películas que ya tenemos.—Algunos lineamientos de una noche de París.—Muñecas vivientes, de donaires artificiales, en persecución del sou.—Cuadros de Folies Bergers.—Danzas orientales.—Rondas de estrellas de lupanar, en la penumbra dorada.—La mujer liviana, un Potosí de París.—Lo que son estas mujeres, en nuestro concepto.

Ya imprimimos en película especial, la altisonante y rumbosa calle de la *Paix*, que ostenta su poderío, desde el Sur de la Plaza de la Opera, hasta la plaza de la *Vendome*, deslumbrando a los transeuntes, con el florecimiento de sus modas caprichosas; ya dijimos cómo el diablo, en figura de *modisto*, reparte, desde esta calle, invenciones fantásticas, por el mundo, para saciar la sed de las más exageradas exigencias femeninas; ya contamos como nacen, en esta calle, la fiebre y el delirio de las mujeres, de obtener un pedazo de tela brillante, costurado, en forma no sospechada por el deseo, para exhibirse al mundo; ya narramos como un yanqui, al ver en un elegante escaparate de esta vía triunfal de la moda, un par de zapatos de pellejo de colibrí, de plumas de tonos tornasoles, lo compró por la bicoca de tres mil quinientos dólares, como compró también un camisón de batista, por la fruslería de cinco mil doscientos dólares; ya tenemos la película de la Opera, con su fachada de mármoles policromos, con su escalera monumental, de mármol blanco y ónix, que representa ella sola, un gran tesoro de arte; ya tenemos la película del Bulevar de la Magdalena; ya tenemos la película de Los Campos Elíseos, lugar de cita del arte y la belleza; de la Plaza de la Estrella y del Arco de Triunfo, fina joya de arte, acaso única, en el mundo; del Bosque de Bolonia, con sus donosuras, tanto más apreciables, cuanto más se las contempla; del Sena y de sus puentes; del Barrio Latino, lleno de largas hileras de li-



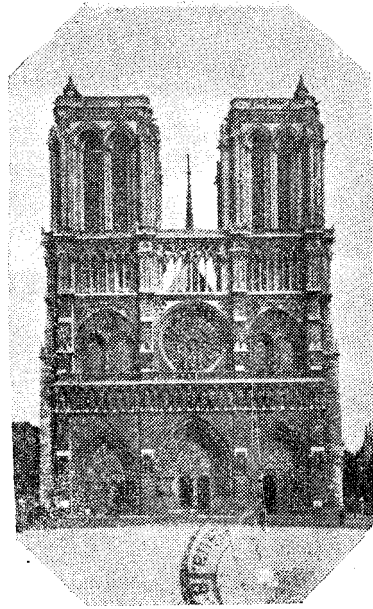
La Opera

bros viejos, poblado de estudiantes melencidos; ya tenemos la cinta de Los Inválidos, en donde el tirano del mundo, duerme el sueño de la gloria y de la muerte, dando lecciones a los poderosos de que, al fin, el orgullo de la grandeza humana, es polvo y nada más; del cementerio del jesuíta *Père Lachais*, donde Eloisa duerme plácidamente, el sueño del amor, escuchando los latidos del corazón de Abelardo; de la Basílica del Sagrado Corazón, en el montículo de Montmartre; de los *Cabarets* del Infierno y de la Muerte, llenos de *gavachos* ebrios, que tejen las más grotescas pantominas de la muerte y del infierno; del *Cabaret* del Cielo, en el que, obispos, de narices enrojecidas, por el alcohol, inciensan cerdos, cantando, con voces destempladas y aguardentosas, salmos ininteligibles; del *Louvre*, guardador del tesoro de la Venus de Milo, de brazos truncados, de pie que sugiere la reverencia del beso; de senos que idealizan la carne pecadora, de rostro que está prevaleciendo por la pureza de las líneas; guardamos devotamente la cinta de *Notre Dame*, cuyas naves friamente majestuosas, están pobladas, más que de fieles, de

artistas de verdad y de aprendices que copian cuadros, que dibujan imágenes o pintan acuarelas; del Museo de *Cluny* depositario, entre muchas naderías, del candado de la honestidad, con el que San Luis resguardaba la de Blanca de Castilla, cuando el Santo salía a tierra santa; la de algún barrio denegrido y la de alguna calle, de las dos mil setecientas y tántas, que tiene París, la de alguna calle de los arrabales con toda el hambre, con toda la desnudez, con toda la miseria, con todo el dolor de los desdichados que allí moran...

Teniendo ya todo eso, filmemos alguna fulguración que tiembla en la penumbra y algunos lineamientos de esta noche, recorriendo estos caminos, entre cuyos claroscuros, se cruza entre brillos intermitentes, todo el gran conjunto de divinidades del pecado; de esta noche en que estamos de noctámbulos, recorriendo y visitando los palacios más suntuosos de diversiones, en los que la alegría se desborda, hecha danzas de contorciones soliviantadoras del vicio, hecha música pregonera de la apoteosis del ritmo...

Como ya hemos visto, durante el día, en cafés y tabernas y parques y bulevares y avenidas, ejércitos de muñecas vivientes, con donaires artificiales, con ojeras artísticas, pestañas añorvadas, cejas relumbrantes, muñequitas vivientes, de labios de bermellón, de blancos senos de armiño, donde fulge la negra picardía de un lunar de tafetán, muñequitas vivientes, gastando el lujo de pieles con cabecitas de gato montés, con cabecitas de ibis, con cabecitas de los más raros animalitos de todas las faunas del



Catedral de Nuestra Señora

mundo, llevando a empellones, a los más estóicos, por los caminos sonrosados de la tentación, para conquistar el *sou*, en cuya tenaz y constante persecución, dejan el alma al diablo, llenas de alegría; como ya hemos visto, a la luz del sol, bandadas de angelitos de lupanar, que dejan caer adrede y con coquetería, la piel de los hombres, a que aparezcan *al desnudo*, las más ocultas gracias, bandadas de esos angelitos que ponen en juego, con maestría sin igual, todas las artes más sutiles y elegantes de pescar incautos; justo es que los veamos por la noche...

Estamos en *Folies-Bergers*, constelado de luceros que resaltan, en este crepúsculo de tonalidades de oro, y vemos ríos de mujeres, luciendo lentejuelas rutilantes, oropeles fúlgidos, chispas de iris y redondeces provocativas, guiñando, sonriendo a todos...

¿Toman asiento aquí unos caballeros, en torno de una mesita desocupada?

¿Sí?

Pues no bien caen sus huesos en la silla, cuando ya están rodeados de chicas elegantes con caritas de querubín, que gastan una desenvoltura de movimientos que no son para convertirlos en santos... unas les miran lánguida y dulcemente, para llevarles por las rutas del ensueño; ótras les prometen toda la gallarda gentileza del deshojamiento de las rosas del bien y del mal; todas les abren las puertas de un paraíso de promesas, esperanzas, y deleites y les empujan, de grado o por fuerza, a él.

Triunfa la licencia, en todas las salas, en todos los corredores, en todos los apartamentos de este palacio de devaneos delirantes, en donde Venus da la ley, a este hervidero de angelitos de mercado de lupanar, que se exhiben como mercaderías de bellezas, de halagos y caricias, sin ningún rubor... ¡poder del centavo!...

Los cuadros se repiten, en un ambiente cargado de olor de carnes femeninas, perfumadas con esencias exquisitas, suavizadas con unturas aromáticas, retocadas con polvos finos y fragantes y con mudas sin rival...

Hay gente que se va por esa encañada espléndida, que entra en la sombra azulina del fondo y se pierde en ese recodo de la derecha, que simula una enorme herradura de luces...

La santa curiosidad nos ordena ir... vamos y llegamos en este saloncito repleto de hombres viejos y de ancianos, en espera

devota de algo que no sabemos lo que es y que veremos muy en breve...

Suena un campanillazo, suenan dos, suenan tres... estos viejos verdes y desvergonzados y estos ancianos focializados en la licencia, oyen los campanillazos con muy marcadas muestras de alegría... asoma esta mujer de formas esculturales y comienza la función, al amor de los aplausos de estos hombres devorados por los vicios... Esta mujer, sin pudores ni vergüenza, baila danzas orientales, ondulando el vientre como la serpiente que tentara a Eva...

Termina el baile lascivo, entre el tronar de los aplausos; pasa estotra mujer, el charol por la concurrencia; cada cual da lo que quiere; concluye la función, para empezar de nuevo...

Es ya tarde de la noche; dejamos *Folies Bergers* cuyas febriles locuras declinan poco a poco...

En la ruta que andamos hay, en la penumbra dorada, rondas brillantes de Magdalenas irredentas, que le dan, con sus atavíos rutilantes y la magia de sus encantos, prestigios de ensueño y de leyenda...

La ciudad está despierta, sólo duermen algunas calles de los extramuros; los noctámbulos ambulan presenciando placeres locos, o de protagonistas de ellos, o gozando del exotismo de las exaltaciones de la licencia; caminamos lijero, por esta vía de sombras, alumbrada por luces raquílicas, como casi lo está todo París, por no tirar por los alrededores de la Magdalena, en altas horas de la noche; mejor dicho, a la madrugada, para que no nos desvalijen, en medio bulevar, las hijas de Eva que albergan en el corazón, así el idilio de las falsas dulcedumbres y ternuras, como la tragedia, con todos sus horrores...

Estas mujeres que son el brillo de las grandes seducciones, la fulguración de los placeres más vedados, el iris de las alegrías más repugnantes y el estallido más rumbo de las más extrañas exigencias de la materia; son también, para nosotros, figuras de podre, adornadas de lentejuelas y oropel...

Pero como no hay bonita que no tenga su pero, ni fea que no tenga su gracia, estas horribles feas de alma, tienen la gracia de ser un Potosí de París.

¡Qué cantidad de oro tan sin medida, arrastran a París, las frivolidades, los devaneos y las gracias de estas mujeres, alma de las más delirantes locuras y extravíos de la ciudad!

Las testas coronadas que llegan de incógnitas a París, los grandes burgueses del orbe, cargados de caudales, la juventud botarate y rica del mundo, y cuantos buscan diversiones y locuras y placeres, en la ciudad, traen torrentes de oro, no para gastarlos en el inocente placer de pasear en góndola, en los lagos del Bosque de Bolonia, ni en el muy inocente de ir a las diversiones de LunaPark, o de ir a rezar el rosario en *Notre Dame*... todo el desbordado torrente de oro de estos grandes y brillantes libertinos, queda en París, en ofrenda a las sacerdotisas de los grandes placeres y las grandes alegrías.

Por ellas, príncipes y reyes manirroto, derrochan caudales, muchos caudales de oro; por ellas se arruinan millonarios, en minutos, por ellas vuelven a sus hogares, los burgueses, endeudados hasta los ojos, si es que no se han volado la tapa de los sesos, de un pistoletazo; por ellas dejan los jóvenes, en la calle, a sus padres más ricos; por ellas hay oro a torrentes en París.

¡Suerte de estas mujeres!...

Ellas visten de balde, los más elegantes caprichos de la moda; ellas yantan de balde, en cafés y restaurantes, por la parroquia que arrastran y cobran de adehala, no despreciable tanto por ciento; ellas reciben el homenaje de grandes y chicos del mundo... ¡suerte de estas mujeres!

Este retazo de noche, da la idea de lo que es el París galante y pecador; ya veremos el París del arte, el París espiritual, el París de la poesía, el París patriota, el París del pensamiento luminoso...

LIV

BURDEOS

Contrariedades de última hora.—El dolor de la partida.—De París a Burdeos.—Burdeos andado.—La iglesia de San Miguel.—El monumento a los Girondinos.—El puente, monumento de piedra y otros monumentos.

¡Estamos descorazonados!...

No hay viaje a España.

Motivos invencibles, nos obligan, mal de nuestro grado, a eliminar del itinerario de turismo, la visita a España, la visita a Italia.

Padecemos, por esta causa, una muy desagradable impresión, una contrariedad que ensombrece más, nuestra alma dolorida...

En este momento en que nos disponemos a comprar pasaje para España, se nos interpone el Sino y nos obliga a comprar pasaje para Colón, de regreso a la patria suspirada y azul...

Estar en Europa y no ver a España, nos parece pecado mortal de desprecio a la gloriosa madre, sin absolución de parte de ella.

Aunque esto nos contrista, aceptamos la lógica de lo imprevisto y volvemos la mente a la tierra...

De París a Burdeos, de Burdeos a Colón, puerto panameño en el Atlántico, de Colón a Guayaquil, puerto ecuatoriano, en el Pacífico, pasando por Panamá, he ahí lo que pensamos...

Los puertos intermedios no nos importan, por esto, ni averiguamos sus nombres, ni queremos saber cuáles son.

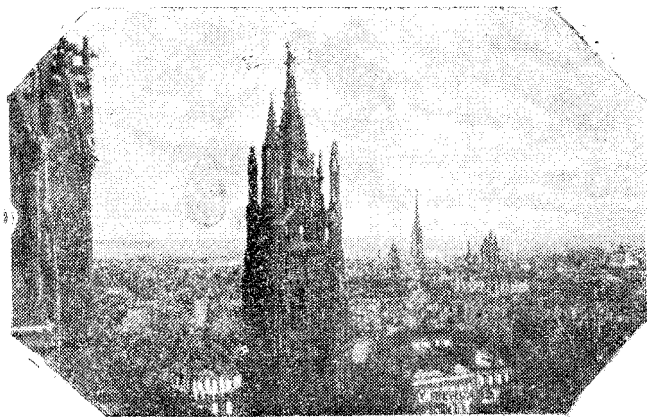
Nos disponemos a abandonar París, la ciudad incomparable, la ciudad —maga, la ciudad-luz...

Liamos las maletas, arreglando la cuenta de hotel, y salimos del departamento que nos albergó, en su caliente seno, como un mes...

Los sirvientes y empleados del hotel, nos esperan en larga hilera, con las manos abiertas, y extendidas, en demanda del *sou*... La propina es ley ineludible, en estos lugares; pero al que presta un servicio... con todo, ponemos francos y francos en las manos pedigüeñas de todos, en proporción a la categoría de empleados y sirvientes... el *merci beaucoup* de estos individuos, nos sigue a muchos metros de la portería del hotel, mientras el automóvil nos conduce raudamente a la Estación d'Orsay... El tren llena el pretil con el convoy, ansiando rodar en las paralelas... estamos perfectamente acomodados para el viaje de nueve horas... se da la señal de partida, rompe a rodar el tren, en tanto que manos blancas y cariñosas, baten pañuelos, diciéndonos: ¡adiós!... sentimos, como una puñalada en el pecho, el dolor de la partida... y rodamos, sin *filmar* cuadros, paisajes, ni panoramas de ninguna estirpe...

Ensombrecido el espíritu, por no poder visitar a España; cuadros, paisajes y panoramas que tratáramos de estampar en nuestras cintas; serían borrocidades...

Rueda el tren y rodamos en él y sentimos la alegría de llegar... Burdeos: estamos ya en Burdeos...



Burdeos

Tomamos un auto elegante y nos dirigimos al hotel, contemplando, en este barrio, toda la trapería, toda la mugre, toda la suciedad, arrojadas por Burdeos, en él. Sobre este muladar se alzan carpas de lona denegrida, en cuyas entrañas viven, acaso un centenar de gitanos, dando aspecto horrible a la ciudad.

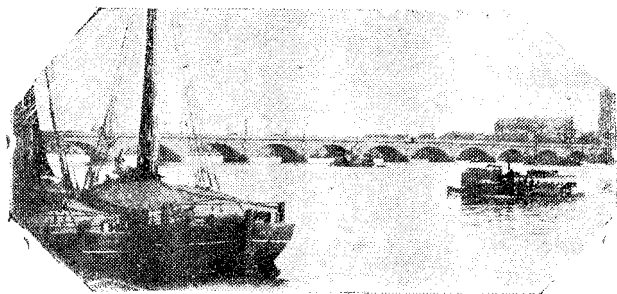
Burdeos nos recibe en su regazo, como recibe a todos, indiferentemente: un transeunte más, un transeunte menos ¿qué importa a la metrópoli?

Debemos permanecer en Burdeos, en espera del transatlántico que ha de cargar con nuestra pecadora humanidad, hasta Colón. Mientras dure nuestra permanencia aquí, recorramos la ciudad, admirando algo de lo mucho que hay que admirar.

Hay que andar lijero, para recorrer esta ciudad de casas bajas, con amplios jardines, extendida a la orilla izquierda del hermoso río Garona, sobre una extensa superficie, en la que están desparramados como doscientos setenta mil habitantes...

Caminamos en esta orilla del caudaloso Garona y damos con el extremo de este puente majestuoso, que une esta capital de la Gironda, al arrabal de La Bastida, que ocupa un retazo de la orilla derecha del navegable Garona.

Contamos los arcos de este puente y nos enteramos de este modo, que son diecisiete, y las crónicas nos acaban de enterar que tiene 486 metros de largo y 14 de ancho y que fue construido de 1819 a 1821, por los ingenieros Deschamps y Billaudol.



Puente de piedra

Abandonamos el puente y caminamos por estas calles, apenas transitadas, pareciéndonos que estamos en un desierto, por habernos habituado al gentío de París; caminamos y caminamos y caminamos y llegamos a esta plaza de vastas amplitudes, de nombre QUINCONCES y vemos, con devota admiración, esta columna de mármol, coronada por la Esfinge de la Libertad: es el monumento grandilocuente, erigido para perpetuar la memoria de los girondinos. Está rodeado el genio de la Libertad, de grupos broncíneos, de los principales apóstoles esforzados y mártires de la Libertad, y tiene a los pies, un grupo de hombres que simboliza la reconciliación social. Burdeos, el Garona, el Dordoña, la Elocuencia y la Historia tienen también sus símbolos, en este venerado monumento de belleza incomparable y de perdurables recuerdos de gloria y de martirio. Estamos como santificados en presencia de esta columna, y estamos también como sobrecogidos de terror, delante de ella, porque nos parece que oímos que salen de este monumento, las voces robustas de los nobles hijos de la Gironda, en el momento en que increpaban a los asesinos, en la plaza de la Concordia de París, con el canto de la Marsellesa, himno inmortal de la libertad del mundo, cuando recibían el bautismo de gloria, en la insaciable guillotina... Recorremos esta plaza, impresionados por los recuerdos de la revolución del 79 y al recorrerla, vemos las estatuas de Miguel de Montaigne y de Montesquieu, cinceladas en mármol, por Maggesi y al salir de aquí, sentimos el alma engrandecida, por haber vivido en *Quinconces*, unos instantes, acompañados por el ángel de la gloria...

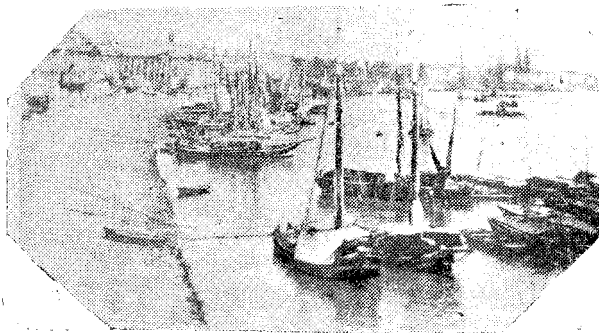
¿A dónde ir?

¿A la iglesia gótica de San Miguel?, ¿a la iglesia de Santa Cruz, construida en el siglo VII?, ¿a la iglesia de Santa Eulalia del año 1174?, ¿a la catedral de San Andrés, de belleza renombrada?, ¿a cuál de las cincuentitantas iglesias católicas, nos encaminaremos? ¿Nos iremos a la sinagoga, para interpretar la biblia, en unión de algún rabino?, ¿nos iremos a los templos protestantes?

¿A dónde iremos?

Nos decidimos a visitar la iglesia de San Miguel, acaso por el donoso egoísmo de ser de nuestro nombre... estamos de nue-

vo sobre el puente, contemplando el panorama del puerto, repleto de buques veleros, repleto de naves que entran y salen, repleto de embarcaciones que se balancean, ancladas, al impulso de las olas... ¡qué lindo panorama!...



Panorama del puerto

Estamos delante de la vieja iglesia de San Miguel, terminada hace la friolera de cinco siglos. Hay, en estos portales, esculturas que llaman la atención, como la del Nacimiento de Cristo, como la del Sacrificio de Abraham, como la de la Aparición de San Miguel...

Vemos el campanario de ciento siete metros de altura reforzado con robustos contrafuertes, trabajados en estos últimos tiempos y nos alejamos, sin evocar a San Miguel...

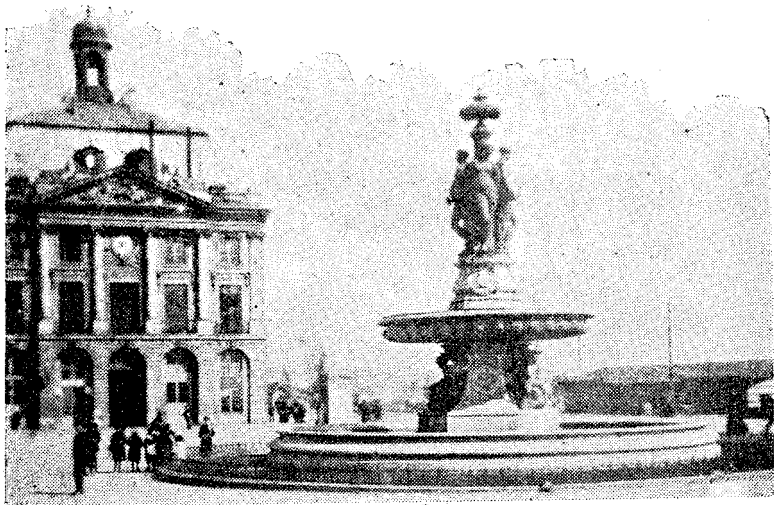
Vagamos sin rumbo, en la urbe, viendo lo que la señora Casualidad pone ante nosotros que, ya lo hemos dicho muchas veces, nos impresionamos gratamente, cuando vemos algo nuevo, capaz de producir, en la retina, un cuadro de belleza.

¿Y este suntuoso edificio, de estilo clásico, elegante y gallardo, como muy pocos de la ciudad, mejor dicho, como muy pocos de cuantos hemos visto y admirado en las metrópolis que hemos visitado?

Es el Gran Teatro que no pide favor al teatro de la Opera de París, según la jactanciosa afirmación de los bordeleses.

Este Gran Teatro es obra magna: estatuas colosales, en la balaustrada: una... tres... siete... nueve... doce; amplias galerías, vestíbulo de columnas jónicas... ochentiocho metros de largo, cuarentisiete de ancho y diecinueve de altura, he aquí a grandes pinceladas, el Gran Teatro que vemos de lijero.

Andamos y andando y andando nos encontramos en esta Plaza de la Bolsa que, aunque tristonaa, no deja de interesarnos, por este edificio de negocios y finanzas, y más que todo, por esta fuente, en la que ostentan la pureza de sus líneas, las Tres Gracias, modeladas en bronce, admiramos la euritmia de las redondeces y curvas de las Tres Gracias, sin que se desperece el macho, y abandonamos esta plaza, buscando nuevas emociones...



Fontana de las Tres Gracias y La Bolsa

Es lástima que por la premura del tiempo, no nos metamos en la universidad fundada, en el siglo V, por el papa Eugenio IV, ni nos metamos en la Biblioteca Pública, para manosear algunos de los doscientos y tántos mil volúmenes; vemos de fuera cuanto

podemos y nos contentamos con esto, pese a nuestro deseo vehemente de enriquecer el bagaje de nuestros escasos conocimientos.

Como no hay ciudad que no tenga su calle de renombre, buscamos la de más campanillas de Burdeos, y damos con ella, sin muchas dificultades: Santa Catalina es como quien dice la Broadway de Burdeos... ¡qué tráfico tan intenso!!... nos olvidamos, en esta calle, de la urbe bordelesa, pensando que estamos en la Calle de la Paix o en la de la Opera de París, en la Broadway de Nueva York: tal es la intensidad densa del tráfico; tal es el hervor de gente apretujada, en esta vía, que amenaza desbordarse a cada paso, rompiendo los diques de tiendas, bazares y almacenes que, dicho sea de paso, y con justicia, son los mejores de la ciudad. Parece que Burdeos íntegro se desborda en esta vía triunfal, bautizada con el nombre de Calle de Santa Catalina, comprando cuanto la imaginación puede forjar, para satisfacer gustos y caprichos de toda clase; trotando por trotar, por dar pábulo a la curiosidad; exhibiéndose, por costumbre o vanagloria o por el prurito de aumentar el caudal humano.



Plaza de la Comedia y calle de Santa Catalina

Recorremos, esta calle torrentosa, medio molidos y llegamos a este pulmón bordelés, llamado Plaza de la Comedia, y respiramos con libertad y curamos nuestro cansancio, sentándonos, junto a esta mesita de mármol, en este animadísimo café, y bebiendo refrigerantes...

No demos tanto pábulo a la curiosidad, vayámonos a saber a qué hora zarpa el transatlántico, en el que tenemos de retornar a Colón, de regreso a la querida tierra... se nos dice en la agencia, que el buque zarpará mañana: hay tiempo aún, con todo elegimos el camarote o cabina, como dicen abordo, prefiriendo el camarote situado casi al medio de la nave, porque se nos asegura que en este sitio, es menos fuerte el balanceo.

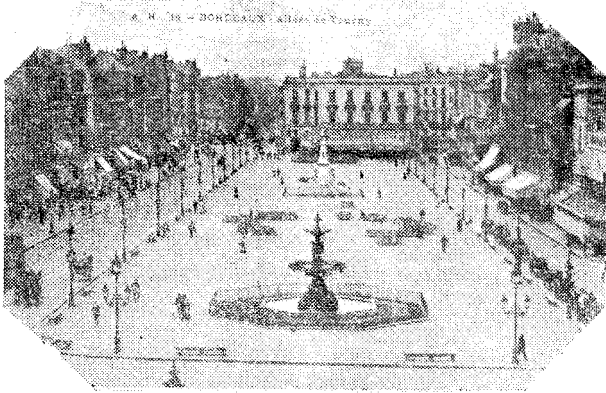
Mientras llegue el momento de abandonar la ciudad de los vinos afamados, podemos todavía recorrer calles, plazas, avenidas, paseos, jardines, etc., para conocer lo más que se pueda, la ciudad.

Un auto...

Chauffeur, vamos de paseo, sin rumbo fijo, pero que ruende el auto lentamente, para que los edificios, palacios y templos de la ciudad, no pasen como un relámpago fugaz... El Palacio de Justicia, nos dice el auriga. Vemos este edificio de ciento cuarenticinco metros de fachada, vemos el peristilo de orden dórico, con estatuas de jurisconsultos de fama, en el mundo, y pasamos... la Avenida Víctor Hugo, nos avisa el conductor, contándonos al mismo tiempo, en tanto la recorremos, que la avenida del poeta máximo de Francia, es el límite de la antigua Burdeos, acaso de la ciudad que se llamó Burdigala, en otro tiempo. Puede que esta avenida bautizada con el nombre del altísimo y renombrado poeta Hugo, sin este nombre o con algún otro, haya padecido las llamas del incendio puesto y fomentado por las manos bárbaras de los olanos y los vándalos, allá, en las remotas lejanías del año 407.

Dejémonos de incendios y de historias viejas y sigamos rodando en la ciudad... hemos recorrido la Avenida Carnot y toparamos al final de ésta, con el Parque Bordelés, bello y extenso paseo, en cuyas veintiocho hectáreas, respira la urbe a sus anchas... ¡Cuán linda y majestuosa esta plaza!: las Avenidas de Tourny, la forman, constituyendo una belleza de Burdeos.

En esta plaza parece que se han dado cita los más elegantes cafés de esta ciudad: El Café del Comercio, el Café de Madrid y muchos cuyos nombres omitimos, están aquí, como también está la Taberna Gruber, lugar de cita de las muchachas más encantadoras y vivarachas de Burdeos.



Avenida de Tourny

Echamos pie a tierra y nos acercamos al monumento descolante casi al medio de estas avenidas; nos fijamos en él, y reconocemos al tuerto León Gambetta, tribuno elocuentísimo, orador de palabra avasalladora, destinado, por sus grandes hechos, a una gloriosa eternidad.

En esta Avenida está el monumento levantado a Tourny, por su desprendimiento en favor del embellecimiento de Burdeos...

De nuevo al automóvil, para meternos en todo camino que sea calle, en toda calle que se torne avenida, en toda avenida que se vuelva bulevar, y en todo bulevar que se transforme en parque de recreo.

Cae la tarde, agoniza el sol, el día muere; mañana volveremos a visitar Burdeos, no visitado aún... ¿mañana? ¡ah mañana caminaremos por la crestería de las olas!...

LV

SANTANDER

¡Tierra de España!—Santander a la vista.—Mendigos que nos asedian.—La estatua de Pereda.—El paseo de Menéndez y Pelayo y otros paseos.—La estatua de Velarde.—El Palacio del rey Alfonso XIII.—El Sardinero.—Santander desaparece.

¡Qué nauseabundo es este olor de brea!: olemos a buque: claro, estamos en él...

El soplo del destino nos empuja al florido país natal y nos coloca en esta vivienda movible, rauda y frágil.

Miramos, metidos en la angostura del camarote, miramos, con la imaginación, la redondez de la comba temblante y sonora del océano, y del lado de acá, Colón, puerto del Atlántico, de la república panameña.

El transatlántico se abre paso por entre tumbos sordos y olas gruesas, durante horas...

De repente y de modo inesperado, divisamos, en la remota lejanía, las borrosidades de la costa...

¡Tierra!

¿Qué tierra es ésta?

Es tierra de España, de la muy noble y suspirada España...

Los Picos de Europa, negros en los robustos macizos inferiores, blancos en la cima.

¡Qué emoción tan feliz la que sentimos!

Tiene para nosotros, esta cordillera de picos nevados, todo el sabroso encanto de la sorpresa del encuentro inesperado de las cosas queridas con delirio...

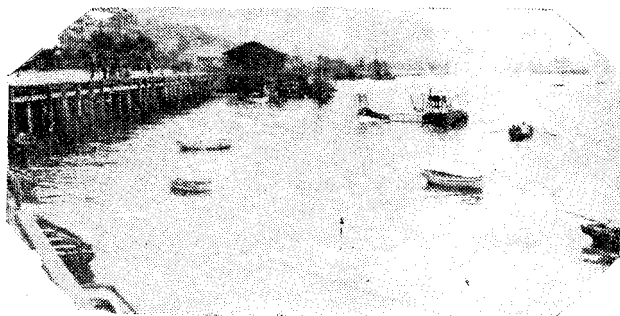
¡No te pensamos ver tierra española!

¡Oh madre España, eterna soñadora de grandes ideales, pronto nos recibirás en tu regazo cariñoso y noble!...

Nos acercamos más y más y distinguimos Peña Cabarga, los cerros del Puntal, Pedreña y Muriedas, el pico soberbio de Solares y las cresterías de Azón y del Escudo...

¡Santander a la vista, en el recuesto de la Colina Alta, mirando al mar!...

Echa anclas, la nave en la rada sonriente, de este mar cantábrico, que arrulla a la sultana; la lancha de la Capitanía del puerto, nos recibe en su seno; en ella vamos a tierra, el rostro iluminado de alegría intensa, llevando la placidez en el agitado corazón, mimbada el alma de ventura, vamos a tierra, para conocer la ciudad, para andar sus calles, para ver sus monumentos, para saborear la vida española...



Muelle y Bahía

Estamos en la caseta del muelle, desde donde espaciamos la mirada, por la ancha y azul bahía, llena de botes y de naves que embellecen el panorama.

Saltamos y, al instante, somos presa de una turba de mendigos... ya comenzamos a sentirnos en nuestra tierra...

Cierto que en todas partes hay mendigos, pero los de Alemania, por ejemplo, son como estatuas del hambre, mudas como una esfinge; los de aquí, no; le cercan y le aturden al viandante, pidiéndole una limosna de centavos.

Rompemos la muralla de esta falange que pide, por lo menos *perras chicas*, dando a todos un buen por qué de éstas, y pa-

samos satisfechos. ¡No seríamos descendientes de españoles, si les negáramos el mendrugo para la vida!...

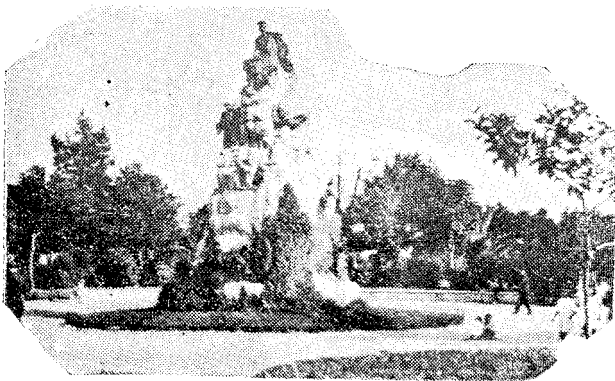
Lo que primero nos sale al encuentro, es este hermoso Paseo Pereda, enjoyado con jardines fragantes, con figuras geométricas de flores, con verdes lomos de menuda grama, con callejas llenas de luz y colorido.

Este Paseo Pereda, llamado generalmente bulevar, está sobre tierra arrebatada al océano; este amplio Paseo tiene caminos para todo y para todos: para carruajes, para peatones y especialmente uno que se torna pequeños, donosos bulevares, exornados de lindos jardines. Se nos dice que en este Paseo vive Santander íntegro, en las noches veraniegas, escuchando las retretas y deleitándose en la música...

Al medio está el monumento que La Montaña agradecida levantara a su hijo predilecto. El benefactor y filántropo Pereda corona el pedestal, ostentando, con gallardía, la larga pera y los mostachos retorcidos...

Este es el emblema de la institución de los niños desvalidos; ése, el de la protección a la agricultura; aquél, el del fomento de las carreteras y caminos de herradura...

Los relieves de bronce de este emblema, adornan el monumento, en cuyo frontis hay esta sencillísima leyenda: "A Pereda, La Montaña".



Paseo Pereda

Salvados los linderos de este paseo encantador, buscamos nuevas emociones, en otros parajes de este puerto español, para saturar el espíritu de bellezas, no comunes... un auto... rodamos por la ciudad y vamos por estas calles tortuosas, cuesta arriba... ¡qué sabroso después de tanta pampa!

Más que en Santander, estamos en Quito...

Este cojo, caballero en asno, pregonando la venta de frutas, a todo pulmón, es trasunto vivo del cojo de Guayaquil, del mismo oficio...

Estos jóvenes que, arrimados a la pared de la esquina, silban y silban operetas, marchas, cuánto les viene en ganas, dando vueltas en los dedos, con maestría, los bastones, son el cuadro exacto de los jóvenes del Ecuador, en sus horas de ocio...

En este instante no estamos en Europa, estamos en el Ecuador.

Nos convencemos de que vivimos, en nuestra tierra, la misma vida de España, con sus costumbres y defectos, con sus hábitos inveterados, con su idealidad sempiterna.

No hay que dudarle que el Ecuador y otras naciones de Sud y Centro América son trasplantes de España.

Al trote hemos visto un retacito de España y hemos vivido la vida del Ecuador, unos instantes...

Sigamos recorriendo Santander por todos lados... este paraje nos cautiva por su espaciosa vía de veras bordadas de árboles, a cuya sombra se ostentan estos policromos jardines, delante de estas suntuosas villas de caprichos arquitectónicos que son gala y ornato de este retazo santanderino.

Es éste el paseo de Menéndez y Pelayo, que va cuesta arriba, suavemente, ollado por carros eléctricos, que va orgulloso de su boato de príncipe de los paseos de ésta y otras urbes. Estas villas situadas en planos altibajos, dan, al panorama, encantos cautivadores, que no se borrarán jamás de nuestra memoria.

Sigamos por sitios nuevos, que el tiempo vuela... pasamos raudamente por junto a este palacio de Pérez Galdós, llamada La Magdalena, palacio que alberga al distinguido literato, en los días veraniegos... pasamos por esta avenida Reina Victoria, desde la que se contempla el esplendor de la bahía y se goza del paisaje



Paseo de Menéndez y Pelayo

de las altas cumbres de la cordillera... pasamos por esta avenida espaciosa y pintoresca, bautizada con el nombre Rampa de Sotileza... dejamos el auto y nos metemos en este elegante café, buscamos descanso y bebidas que nos refresquen las entrañas. Los salones están repletos de parroquianos y de humo de tabaco. En torno de las mesas pulcras, hay gente que habla más de lo necesario: caballeros que charlan de política, componiendo y recomponiendo a España: ¡es una delicia!

Salimos y tomamos, de nuevo, el auto y rodamos por otras partes... estamos en la Plaza o Paseo de la Libertad, contemplando esta estatua de Velarde, héroe del 2 de Mayo de 1808, espada en mano, pasando sobre cañones enemigos con rumbo a la inmortalidad. Hay en torno del héroe, árboles cuya fronda se inclina delante del bronce, como rindiéndole pleito homenaje perennemente, a nombre de la naturaleza.

Nos despedimos de Velarde y abandonamos este paseo, llena el alma de las fragancias de las virtudes cívicas del hombre superior que conquistó la gloria inmarcesible.

Aún hay muchas cosas lindas que ver, ¿a dónde nos dirigiremos?

—Chauffeur, dínos ¿a qué lugar hermoso podemos irnos?



Estatua de Velarde

—Hay maravillas que visitar en esta ciudad; lástima que usted no se quede siquiera un mes, para que pueda conocer lo más elegante, lo más soberbio de Santander, con todo, podemos encaminarnos a la Estación de Bilbao, al Sardinero, al Palacio del Rey don Alfonso XIII, a la espaciosa Plaza de Toros, a la Catedral, a la Calle del Sol, a la Alameda que va desde Ponillo hasta el Alto de Miranda, por la colina, a cuyo recuesto se yergue la ciudad...

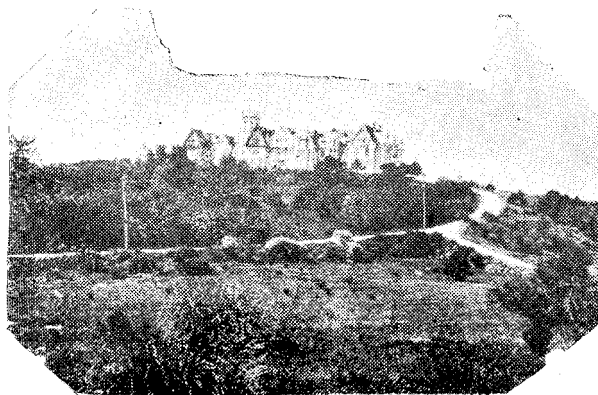
—Basta de enumeraciones, chauffeur, basta; con algo más que veamos quedaremos satisfechos en parte; por ahora acerquémonos al Palacio Real, erguido magestuosamente, en la cima del alcór de la isla Magdalena, cuyo nombre ha tomado. Es este palacio, llamado también La Magdalena, una verdadera joya de arquitectura, arrullada por las sirenas del Mar Cantábrico, en la amplia soledad de la arboleda...

Se nos cuenta que en el bautizo de esta suntuosa vivienda real, en 1912, hubo grandes fiestas y regocijos públicos y una monumental corrida de diez y ocho toros...

La curiosidad nos aguijonea y nos lleva de un lado a ótro, sin que nos permita detenernos el tiempo indispensable para observar detalladamente, ni casas, ni palacios, ni templos, ni monumentos, ni plazas, ni avenidas...

Vemos todo de carrera; anotamos algo de lo mucho de hermoso que tienen estos parajes pintorescos y pasamos...

Muy en breve daremos el ¡adiós! de despedida a este puerto de nuestra señora madre España; pero antes de que llegue el momento de irnos a bordo, emprendamos viaje al Sardinero, playa de mar llamada por los santanderinos: aristocrática.



Palacio Real

Hay tranvía eléctrico al Sardinero; se gasta en este chisme locomotivo, quince minutos, en el recorrido de la ciudad a la sugestionante playa.

¡Hay tiempo!

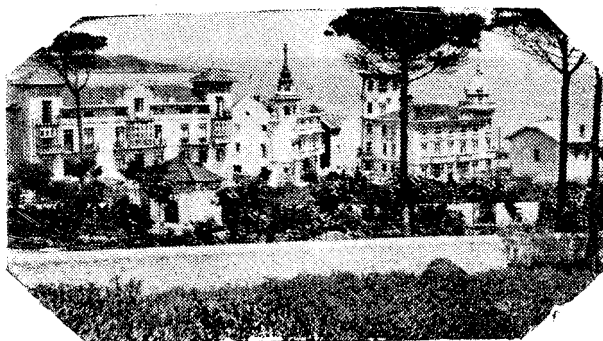
Vemos el reloj y nos enteramos que el buque, en que viajamos, ha de zarpar dentro de dos horas. Seguros de que la nave no nos dejará en tierra, al Sardinero, decimos y rodamos directamente al balneario renombrado... ¡qué impresión tan encantadora nos produce este paraje pintoresco y lindo!... tienen mucha razón los hijos de Santander, de ufanarse de la belleza de su balneario.

Junto a la playa llamada primera, se alzan altaneramente majestuosos, el Grand Hotel, orgulloso de su belleza, palacios de gente adinerada, ostentando el poderío de su esbeltez; se alzan villas lujosas, que demuestran el gusto refinado de quienes supie-

ron concebirlas. Al lado de un palacio de torres enhiestas e insolentes, está una humilde casuca, pero agraciada por la donosura de los jardines, a la sombra de árboles de copas recortadas, produciendo el conjunto, una emoción artística, por la armonía de la estética.

Ese gallardo edificio, en medio de esa amplia terraza, es el Casino, palacio en el que se llevan a cabo, fiestas rumbosas y brillantes, desde Julio hasta Setiembre, según se nos cuenta.

Se nos acaba el tiempo, regresamos, por esto, más que de carrera, al vuelo, con un cuadro de filigranas en la imaginación que nos da, minuto por minuto, los espejismos de un kaleidoscopio, que deleitan el recuerdo.



Vista parcial del Sardinero

Nos volvemos al buque, para continuar el padecimiento de la navegación de nuestra ruta... ya estamos en la frágil vivienda, oliendo este infernal olor de brea, que produce bascas.

Se viene a nosotros ese grupo de chicas salameras, para ofrecernos en venta, panderetas adornadas con pinturas de toreros, en traje de carácter, para ofrecernos en venta, castañuelas que guardan en sus entrañas, toda la gracia y el salero de Andalucía.

Zarpa el buque: Santander se nos retira lentamente, Santander comienza a perder sus líneas de belleza; Santander se torna manchas pardas y negruzcas; Santander se borra y desaparece de nuestra vista...

LVI

TRINIDAD

*No nos resignamos a pasar en el camarote.—La isla Trinidad.—
 Todos dejan las armas.—Puerto de España, tacita de oro. Sus
 calles.—La belleza de estas negras.—Emoción trágica.—La horca.—
 Deseos de no volver a esta ciudad aplastada por la fuerza.*

¡Amanece!

¡Qué cansancio!

¡Qué noches más detestables las de a bordo!

No nos resignamos a pasar horas de horas, en el camarote, no sólo por las incomodidades que padecemos en esta estrechura de vivienda nocturna, no sólo por las torturas de que somos víctimas, en esta cama que nos roba los movimientos y nos muele los huesos, sino porque no se puede dormir; si tienen la gana las olas de poner el buque de punta, el buque nos pone de cabeza o de pies y fuera sueño; si tienen la gana las olas, de tumbar la nave de un lado, la nave nos da sacudidas fuertes, y fuera sueño; si tienen la gana las olas, de hacerle bailar al buque, el buque nos da golpes y remezones y fuera sueño. Todo esto sin contar con el crugir sordo y monótono de la obra muerta de la nave, que parece anuncio trágico de que el frágil leño, se convierte en astillas...

Qué alivio nos da la luz del amanecer: ella nos liberta del emparedado del camarote; ella nos elimina todas las incomodidades de la noche...

¡Qué cansancio!

Restauraremos las energías con el ambiente de esta mañana azul.

La redondez del horizonte ha recibido el beso de oro del sol que va al cenit.

El mar está azul, retratando el cielo.

No hay olas como tumbos, ni tumbos como alcores, ni alcores que se tornan cordilleras de agua.

Despierta el Caribe quebrándose en espejos infinitos de oro; el buque avanza por entre ellos, resbalando su mole, sin esfuerzo, en el cristal...

Tiene el horizonte, en este lado, un brochazo de sombra, en medio de las aguas...

¿Una isla?

Sí, la Trinidad...

Bendigamos esta isla que nos ha de libentar siquiera por un instante, del fardo de la navegación...

Echa anclas la nave a tres millas del puerto; con todo, hay que ir a la ciudad.



Panorama de Puerto de España

Tomamos un bote, y a tierra... Estamos en Puerto de España.

En esta garita hay una mesa, sobre la que los viajeros dejan instintivamente los revólveres, pistolas, navajas y puñales... que nadie toca hasta el regreso del dueño que los recoge, para irse a bordo.

Nadie entra a la urbe, armado, porque ¡ay! del que pise tierra, sin dejar las armas en la garita.

Los ingleses no se andan en chiquitas, ni con el "aquí puse y no parece", cuando quebrantan sus órdenes...

Nos disponemos a protestar de este ultraje a la libertad, pero por fortuna no llevamos armas, y considerando que las leyes inglesas que imperan en estas Guayanas, no rezan con nosotros, sofrenamos la fogocidad de nuestro temperamento latino, y refunfuñando la protesta, pasamos adelante...

¡Qué almacenes tan ricos; qué comercio tan atractivo y barato!

Esta ciudad es una tacita de oro, en un canastillo de flores: tal es de limpia y cuca!

Recta es esta calle, tan recta como tirada a cordel: las veras son enrejados, tras de los que se alzan estos *chalets* sencillos y elegantes y risueños...

Los enrejados están cubiertos de flores, lo mismo que los zaguanes; las viviendas tienen coloridos que les dan prestigios de cosa encantada...

Observamos que muchos de ellos albergan negros; pero negros de otra especie; no de la de los vistos por nosotros, en otras partes.

Estas negras ¡qué negras de tanta belleza!

En estas negras, nada de juanetes torcidos que les dan facha de animales extraños; nada de trompas cenicientas; nada de narices anchas y achatadas que les dan parentesco estrecho con los gorilas; nada de cerdas enmarañadas, cortas y rebeldes, en la cabeza...

El pelo de estas negras adorables que vemos, es fino, luen-go, lacio, negro como el azabache y dócil, como la seda; la nariz recta, de líneas perfectas; los labios de curvas pulidas, dignos de este pincelazo de Darío:

"Labios finos de sangre divina,
Labios donde la risa argentina
Junta al terso marfil, el clavel".

**Bohío de Negros**

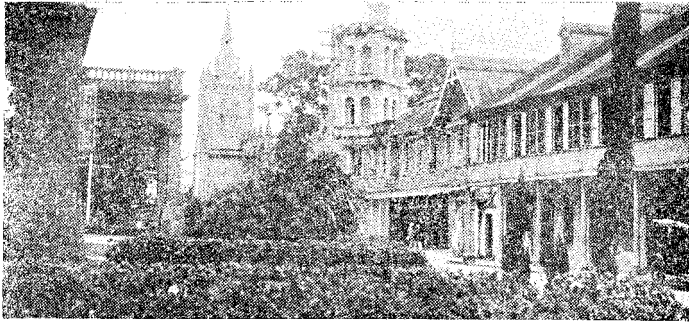
Estas negras de estatura esbelta, llevan presos los hechizos de los redondos brazos, en anillos, ajorcas y brazaletes que realzan la donosura de los contornos; estas negras se enorgullecen de cargar en la nariz argollas varias, y de adornarse con canutos de caña, de colores varios, que les atraviesen los huecos hechos en los pabellones de las orejas.

Si estas negras adquirieran por un instante, el color de *cera sonrosada* de las damas y damitas de España, enloquecerían al mundo, con los encantos de una rara belleza que tendría en perpetua derrota, a la belleza circaciana...

Los maridos de estas negras, negros de prendas varoniles que ya se quisiera para sí, para un día de fiesta, cualquier blanco, son celosos más que un turco y feroces con las infelices. Nos cuentan que, entre ceremonias bárbaras, suelen someterlas a martirios espantosos que culminan, en la incineración de ellas...

Como la calle que describimos, son todas las calles; por esto decimos que Puerto de España es una tacita de oro, en un canastillo de flores...

Este paisaje encantador de esta ciudad moderna, da una ligera idea de la belleza de las calles floridas de esta capital de la isla Trinidad, donosa como pocas...



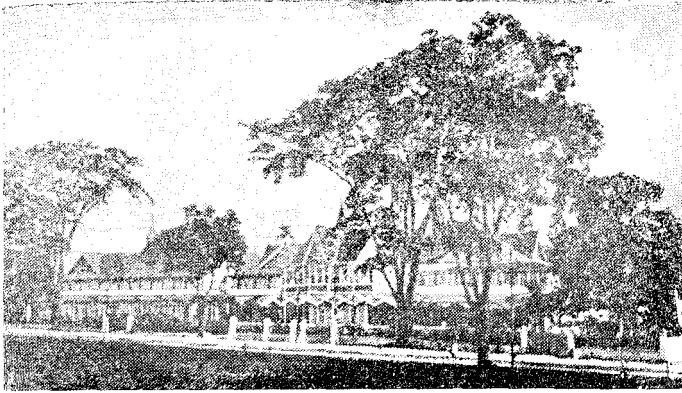
Calle de Puerto de España

Cruzamos la ciudad en todas direcciones, aprovechando del tiempo que aún disponemos, a fin de descubrir nuevos encantos para nuestro emocionado corazón; caminamos por cuantas calles aparecen delante de nuestros ojos; seguimos esta calle recta buscando el término de ella, por curiosidad; llegamos a *Queens Park* (Parque de la Reina) paraje hermoso de esta urbe hermosa.

Este parque de la Reina, es el más bello de todos los de la ciudad...

Aunque en todos los parques, verdeguea la grama, embarga los sentidos la afrodisia de la fronda; colora el espíritu, el iris de las flores; halaga los pulmones el perfume de las rosas; invita al solaz del reposo, la frescura de la sombra; siempre es causa de intenso regocijo, dar con un nuevo parque, con un parque como éste que lo recorreremos, sin pensarlo, mirando y remirando las bellezas que atesora, siendo una de ellas, este *Queens Park-Hotel* —Hotel Parque de la Reina— que descuella airoso, en una de las orillas de este anchuroso parque...

Nos dirigimos al elegante Hotel-Parque de la Reina, para verlo más de cerca y más que todo, para refrigerar las entrañas, bebiendo frescos... Un elegante palacio, a la sombra de árboles corpulentos, alberga turistas y viajeros de todo el mundo, pero por precios caros. Aquí cuestan las cosas, diez veces más de lo que cuestan las mismas, en otros lugares de esta ciudad. Después de tomar con un canutillo, bebidas heladas y refrigerantes;



Hotel—Parque de la Reina

abandonamos esta mansión, para gente muy platuda y seguimos la peregrinación de curiosidad, eso sí con cierto mal humor, porque se acerca el momento de irnos a bordo...

¿Y esto detrás de estas murallas funestas, en forma de campanario de aldea, de dos palos verticales y un atravezaño en el remate superior?

Se nos hiela la sangre delante de esta fisonomía trágica, sin que sepamos aún qué es...

Nos parece ver gestos horribles, en ese cabo de arriba; nos parece ver manos crispadas como garras, arañando el aire; nos parece ver lenguas salidas una cuarta, de la boca, ojos vidriosos, en noche eterna y bocas entreabiertas, con el rictus de la muerte...

Este infame instrumento de suplicio que tenemos a la vista, es ¿qué creéis que es?

¡La horca!

Este insulto grosero a la civilización, nos agria el espíritu y borra de él, los lineamientos de belleza que le dejara la ciudad florida.

¡Qué horrible contraste!

Aquí la horca, como gesto de iniquidad; allí calles de muros de flores...

Nos explicamos ya, por qué los que entran a esta ciudad, dejan, sin chistar, en la garita, las armas que llevan encima.

La horca da la ley, en este pueblo infeliz...

Aunque Víctor Hugo creía que era menester de *un poquito de guillotina*; nosotros no creemos que la humanidad necesita de *un poquito de horca*...

Enfermos de horror, abandonamos esta tierra, en nuestro bote, con rumbo a la nave que nos espera...

Cuestiones de educación...

Abandonamos el puerto... plegue a nuestra buena suerte que nunca más volvamos por esta linda ciudad, mientras viva aplastada por una de las más espeluznantes brutalidades de la fuerza: ¡la horca!...

LVII

LA GUAYRA

Se nos acerca la tierra.—Se perfila La Guayra.—La primera vista.—El tragín del desembarco.—La política en la nave.—Intento de meternos en la Rotunda.—El tren para Caracas.

Vemos con placer, que el camino se nos acorta, este camino de eternos ruidos, andariego siempre, amable en veces, brutal frecuentemente.

Ayer Trinidad, hoy La Guayra, mañana ¡qué consuelo!, Guayaquil, pasando por Colón y Panamá.

La tierra, tánto más suspirada, cuánto más lejana, está ya cerca...

La imponente silueta de las altas y áridas cumbres de Avila, se dibuja en el éter azul...

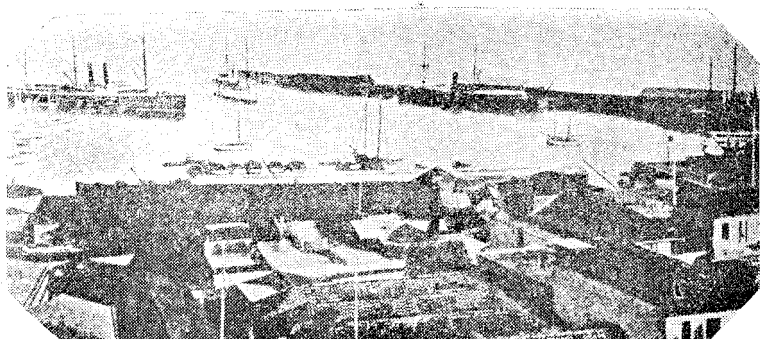
Avanza gallardamente la nave al cercano puerto, La Guayra se perfila en las faldas cascajosas del Avila, parte en el llano, parte en la ladera de color semirrojo, en la que parece que se araña y sube...

Echa anclas el buque en las aguas del puerto principal de Venezuela, del puerto más rico de la República de los presidentes vitalicios...

Los pasajeros formamos cordón pintoresco, en las galerías del buque, contemplando La Guayra.

La primera vista de esta población, no rompe los diques de lo intensamente agradable: el conjunto de casas de piedra, en su mayor parte, de la época colonial, ceñido por el mar y por estos cerros sin vegetación y sin verdura, tiene un dejo de tristeza muy marcado...

No vemos plazas, ni chicas ni grandes; no vemos parques, ni lindos ni feos; no vemos jardines de ninguna clase; puede que de aquí no se vean estos adornos que son el lujo, la alegría y las comodidades de toda ciudad...



Caserío de la Guayra

Y nos cuentan que, en La Guayra, está la estatua del primer matemático venezolano, doctor Vargas.

¿En dónde está la estatua?

¿En qué lugar hermoso, resplandece la inmortalidad del doctor Vargas?...

El Resguardo viene a recibir la nave, en botes a remo...

Venezuela poderosa en armas, rica de dólares y bolívares, tiene el pecadillo del descuido de hacer leña de los remos y de comprar una lancha de motor, cual corresponde a la alta categoría de tan importante puerto.

En cambio vemos con satisfacción, estos muelles de concreto, que ya los quisiéramos, en nuestro río Guayas, con capacidad hasta para seis grandes buques.

El Fortín está como atalaya que impone respetos al mar, con sus modernas bocas de fuego...

Hay movimiento de equipajes en la nave: la matrona doña Nieves Villegas Pulido de Borges, nuestra noble amiga, flor de hermosura de la aristocracia caraqueña, y nuestro amable amigo señor doctor J. B. Bance, exponente valioso de la ciencia y de las letras venezolanas, van a desembarcar, entre muchos que han llegado al término del viaje.

Nos apena la separación de estos amigos, compañeros de viaje desde Burdeos, pues ellos amenizaron la solitaria travesía, con sus amabilidades exquisitas.

Nos abrazamos con el doctor Bance, diciéndonos: Adiós!...

Y doña Nieves ¿se ha ido a tierra sin despedirse de nosotros?

No tal: doña Nieves llora: debe continuar su viaje; hay orden del Presidente de la República, de no recibirla en tierra venezolana, por castrista... ¡cuándo no reciben unos loros de la matrona, porque si ella es castrista, los loros lo serán también y una vez en tierra, pueden hablar!...

Estos caballeros a quienes nunca conocimos, se nos acercan aíblemente, nos saludan como si hubiéramos sido viejos amigos, y nos invitan a visitar La Guayra...

Nos regamos con todos los ritos de la educación...

Se nos quería llevar a tierra, para apresarnos y remitirnos, a cantar misereres, en La Rotunda, a pretexto de haber conversado de política venezolana con doña Nieves, durante el viaje...

Esto nos revela que hay espías en la nave, y espías indecentes que ultrajan la verdad con desvergüenza.

Nunca hablamos ni con doña Nieves, ni con nadie, de política venezolana, ni de política ecuatoriana, ni de política europea, ni de Castro, ni de Gómez, ni de Poincaré...

Se queda doña Nieves con nosotros en la nave, para comenzar una peregrinación impensada y cruel...

Hay un estridente silbido, hay dos, hay tres.

Rompe a correr el tren hacia Caracas, con la melena de humo desgredada... se aleja por las faldas sinuosas de los cerros, se pierde en la lejanía...

Aunque de La Guayra a Caracas se gastan en tren únicamente dos horas y cuarto, nos privamos de conocer la capital venezolana, como nos privamos de conocer el hermoso balneario de Mucuto; no obstante estar a veinte minutos de aquí, por el peligro de ir a la Rotunda y después, a San Carlos de Puerto Cabello...

Por junto a la línea férrea de propiedad inglesa va, como cinta parda, hacia Caracas, la carretera de concreto, para automóviles, hecha con cemento de la fábrica del *benemérito General Juan*

Vicente Gómez, el hombre de la paz y del trabajo, como aquí se le conoce...

Leva anclas nuestra nave y se empuja mar afuera...

El Avila altivo, parece que aleja sus imponentes altitudes, del buque en que viajamos, las casas que se guarecen, en el amoroso recuesto del Avila magistoso, como las de la subida de la montaña, se empequeñecen cada vez más, pierden sus formas y se tornan manchas; los buques del puerto, surtos al abrigo del Avila, se esfuman en la borrosa lejanía...

El cielo está entoldado de nubes blancas, algunas de las que simulan altísimas montañas de nieves eternas.

De trecho en trecho, se ve un pedazo de azul, que es una isla, en el mar de nubes albas, que es un archipiélago, en lo infinito de los cielos.

El paisaje es verde, abajo; el paisaje es blanco salpicado de azul, arriba, y entre los dos paisajes, el buque es un lunar diminuto, que anda...

Vemos de nuevo costa; nos enteramos de que la que vemos es tierra colombiana; tierra pródiga en hombres superiores, en hombres iluminados, en cuyos ojos resplandece algo como una locura divina, que les empuja a



El Avila

correr mundo por alcanzar un ideal, más bien sospechado que visto, como acaso alguien lo dijo...

Santa Marta, Puerto Colombia, antesala de Barranquilla, nos muestran sus perfiles, no muy lejos... El cordón costanero se aleja; en vez de él, se dibuja una raya; esta raya, se hace sombra, la sombra, una claridad verdosa: la comba de la mar...

Hay agitaciones en la nave, hay regocijos en ella, por el término del viaje en el Atlántico... estamos en Colón.

LVIII

LA LLEGADA A LA PATRIA

Tierra de Colón.—La emoción de los abrazos impensados.—La muerte del ruiseñor.—Nos instalamos en el Ecuador.—El espasmo divino de ver la patria.—Temblor de gloria y de milagro.—

*Localizamos lugares.—La entrada al Guayas.—
Fondea "El Ecuador".*

Dejamos al fin el buque que nos ha dado albergue treinta días, en las aguas del Atlántico, procurando amenizarnos la vida, franqueándonos sus salones elegantes y lujosos y alegrando nuestras horas grises, con su música y sus panoramas raros...

Pisamos tierra de Colón y al pisarla, nuestros brazos se abren para entrelazarse con otros brazos que se abren también, con el mismo fin.

Nos abrazamos con un poeta y periodista ecuatoriano que va de Colón a Madrid y nos abrazamos con un amigo guayaquileño que lleva perlas ecuatorianas de los mares de Manta, a los mercados de Europa.

¡Cuán agradable la emoción de estos abrazos impensados!

Nuestros amigos el poeta y periodista y el comerciante en perlas, van a bordo, nosotros nos dedicamos a conducir nuestros baúles y maletas, del buque directamente al tren que muy en breve nos ha de poner en Panamá, pues el trozo de espinazo del istmo, lo atraviesa la locomotora de la *Panamá Rail Road Co.*, en dos horas y cuarto, solamente.

Damos un adiós, sin pena, al Atlántico y caminamos en tren a Panamá.

El camino de locomoción férrea nos entona y nos conforta: el tren, aunque trepidando duramente, va por entre palmeras musicales, por entre árboles sombríos, por entre flores odorantes, sonrisa de la Naturaleza, luz del espíritu... el transatlántico camina por

un desierto infinito de olas de curvas rabiosas, que se deshacen en truenos y en espumas, en la amarga soledad...

Respiramos aromas silvestres, respiramos la fragancia de la selva tropical.

Jadea la locomotora, da pitadas el silbato, modera el andar la máquina, y para, resoplando vapor: llegamos a Panamá.

Colón, Panamá ¡cuán distintos hoy de ayer!

¿Cuándo dejaremos esta estufa que nos reblandece los huesos?...

El calor es infernal en la calle; por esto volvemos al hotel y por recordar que tenemos en él, algunas avecillas prisioneras, y que esta es la hora de solazarnos en prodigarles nuestro amor y nuestros cuidados, amén del amor y los cuidados que les prodigamos, en otras horas del día.

Es de saberse que nuestra alma de niño, se desvive por las flores y por las aves, en las que encuentra hermanas de inocencia, hermanas de sinceridad y sencillez...!

En Hamburgo compramos canarios de garganta de flautín; compramos un ruiseñor japonés y otras aves canoras. Como son nuestro encanto, estos músicos de silbo armonioso y seductor, viajamos con ellos. Tenemos predilección por nuestro ruiseñor japonés, por lo manso, por lo cariñoso, por lo alegre con nosotros. Le tenemos mimado de tal suerte que, cuando abrimos la puerta de su dorada prisión, sale gozoso, se posa en nuestro índice, se encrespa y, temblándole las alas cenicientas, con temblor de júbilo, canta con dulcedumbre celestial; por esto es nuestro ruiseñor, la niña de nuestros ojos, la alegría de nuestro corazón y el encanto de nuestra vida...

Entramos a nuestro departamento, en este hotel y notamos que el ruiseñor no está alegre, que no se inquieta, en su vivienda, al vernos, cual solía inquietarse, en otras veces; nos le acercamos, abrimos la puerta de la jaula y le presentamos el índice derecho; hace un esfuerzo el pajarillo y, a duras penas, salta a nuestro dedo; cariñosamente se esponja un tantico, apunta con el pico al cielo, tiene un temblor de mimo, en las alas, y canta débilmente, con dulcedumbre infinita, la elegía de la muerte; termina el canto y se derrumba a tierra, desde el dedo, con la cabecita tron-

chada, apagada en la garganta la nota postrimera que, más que nota final, era un sollozo; le levantamos de prisa, le mimamos, prodigándole el calorcillo de nuestras manos; pero sólo mimamos el cadáver del amoroso ruiseñor... ¡qué pena tan intensa la que padecemos, por la muerte de nuestro músico inefable!...

Tomamos el cadáver de la avecilla y lo llevamos al parque vecino y horadando la tierra, lo sepultamos, junto a una mata de rosas y cubriéndole de flores, el sepulcro, nos retiramos con el corazón adolorido...

¡Qué calor!... ¡uf, qué calor!...

Todo tiene su minuto: hay nave ya en el puerto, loado sea Dios...

Nos instalamos en "El Ecuador", en este pobre buque viejo, cubierto de parches y costurones, que ya se deshace solo, por no haber ótro que vaya a Guayaquil...

Nuestra emoción es de profundo regocijo, de santo regocijo, no obstante las incomodidades de la nave, no obstante el mar que andamos, aunque manso y hermoso, por acercarnos a la patria, a la patria dulce y querida que la hemos llevado a todas partes con amor casi *chauvinista*, en la urna de nuestro corazón.

Amanece: la mañana está azul, risueña la lontananza, el sol flotando en polvos de oro...

Se rompe allá a lo lejos, la curva negruzca de los lindes de este Mar Pacífico, y se hace protuberancias y se hace prominencias, sin detalles, que dan fisonomía a la cordillera, en sombras...

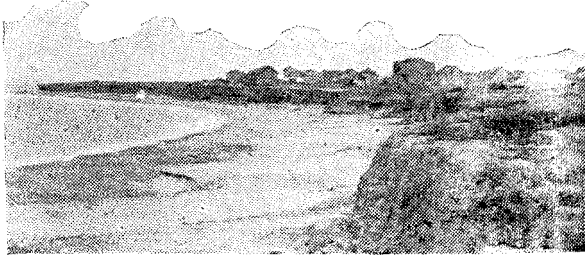
En breve, las grandes borrosidades sin detalles, se vuelven picos enhiestos, se tornan ondulaciones gigantescas, se transforman en vallas y precipicios y laderas...

Reconocemos la costa ecuatoriana, que toma a nuestros ojos, la forma de cordilleras y de cerros, y sentimos el espasmo dulce del calorcillo del seno maternal.

En este instante hay, en nuestro organismo, un temblor de gloria y de milagro: nuestro corazón se corona de rosas, nuestra alma se enoja de estrellas, es música armoniosa nuestro yo, mien-

tras nuestros labios cantan dulcemente: ¡Salve, estrella del corazón, oh salve patria!...

Estamos en la borda de la nave, singularizando los lugares de la costa: esa sombra negra, en medio de la planicie, es el pueblo de Santa Elena; ese caserío, apenas perceptible, es Salinas, cuyas pampas nos brindan con grandes yacimientos de sal, con ricas vetas de petróleo, riqueza positiva de los pueblos; ese pequeño grupo de casitas, a la orilla del mar, es Ballenita, la Puntilla está allí, internándose osadamente en los dominios del océano...



Ballenita, Salinas, Santa Elena

Cobra mayores energías "El Ecuador", nada con nuevos bríos...

La isla Puná se dibuja con líneas inconfundibles; ya estamos en el golfo de aguas verdosas, recibiendo el saludo de los tiburones que juguetean en partidas, en la proa del vapor.

El pueblo de Puná sale a nuestro encuentro, no para mostrarnos sus andrajos, sino para dar *práctico*, a la nave.

Nuestro reloj indica la una de la tarde, vamos a favor, a las cinco en el puerto, término del viaje de regreso.

Este trozo de camino que nos falta de andar, principia por la barra, en la desembocadura del Guayas en el mar.

Entramos en el Guayas caudaloso: de lado y lado de la ría los altos manglares dan sombra a la nave, y le brindan con la frescura de sus brisas.

Avanza "El Ecuador", por entre cortinas de follaje, avanza a la ciudad.

Las dehesas de la hacienda Josefina, repletas de mugidos y relinchos, nos denuncian la cercanía del puerto codiciado...

Ya vemos las cimas de las crestas del Carmen; vemos ya las cimas de las crestas del Santa Ana, coronadas de tanques rojos y en borrones; vemos que los borrones se transforman en líneas, que las líneas se tornan calles, plazas y edificios, que los edificios son casas, iglesias, fábricas... estamos frente a Guayaquil... fondea "El Ecuador"... colmada la ilusión de llegar...

INDICE

| | <u>PÁG.</u> |
|------------------|-------------|
| MI RETRATO | |
| EXORDIO | I |

I

| | |
|--|---|
| ¡SALVE, ESTRELLA DEL CORAZON, OH SALVE PATRIA! | 1 |
|--|---|

II

EN LA RADA

| | |
|---|---|
| Panamá a la vista.—La belleza del paisaje.—La inspección a bordo.—Norte América hace tascar el freno a las naciones.—Ante ella, todos: ¡chitón! | 6 |
|---|---|

III

EL PRESIDIO DE TRES DIAS

| | |
|---|---|
| La isla del presidio.—Islas que no serán.—Culebra, recodo del paraíso | 9 |
|---|---|

IV

PANAMA

| | |
|---|----|
| Panamá, su tráfico y sus ruidos.—Sacerdotisas del pecado.—La religión en la calle.—La bandera de Yanquilandia . | 12 |
|---|----|

V

EN TIERRA Y MAR

- Selvas lujuriantes y pampas bañadas de luz.—El canal y el Atlántico.—¡Qué hermoso es navegar! 16

VI

KINGSTON

- Recuerdos de Riobamba.—Los negritos y la pesca de monedas.—Quien por su gusto lo quiso 24

VII

NUEVA YORK, DE DIA

- La entrada al puerto.—La estatua de la libertad.—Peregrinos y soñadores.—Palacios que andan.—Vientos de locura, que soplan en las naves. 31

VIII

NUEVA YORK, DE DIA

- La moderna babilonia.—Sonrisa del espíritu, al ver las prominencias de los rascacielos.—El contagio de la carrera.—Salutaciones a Wáshington y a otros grandes del mundo.—En el Metropolitan Building 37

IX

NUEVA YORK, DE DIA

- Las angustias de la altura.—Hierve abajo, en átomos, la vida.—Hombres como hormigas.—Ciudad de once leguas de largo y cinco y media de ancho.—El panorama de la urbe.—Suspiros de satisfacción.—¿A dónde encaminarnos? 42

X

NUEVA YORK, DE DIA

- BROADWAY y sus congestiones de vida y movimiento.—La Providencia de BROADWAY: la mujer y el dedo poderoso del gendarme.—Escaparates y modas.—Joyas y pedrerías 48

XI

NUEVA YORK, DE DIA

- Los almacenes.—Dólares que flotan y escaleras que andan.—Recuerdos patrios.—La pepa de oro.—Chocolates y golosinas.—Obreros e industriales 54

XII

NUEVA YORK, DE DIA

- La locura de mascar.—La fiebre del anuncio.—Otra vez en Broadway.—Tumbos de hombres y de razas.—Tres días de cárcel, por mirar a una mujer.—Prosesión de sombras.—Monstruos de piedra y hierro.—Es forzoso salir. 57

XIII

NUEVA YORK, DE DIA

- Por la Quinta Avenida.—Enfermedad de verlo todo.—La Biblioteca de mármol.—Esquina de la Quinta Avenida y calle 42.—En el Parque Central.—Cascadas de chispas de iris.—Remansos de claridades.—Olvido del almuerzo 62

XIV

NUEVA YORK, DE DIA

- El divino vidente.—Otra vez, en el Parque Central.—El alma del ensueño.—Gorriones que piden pan.—El amor

| | PÁG. |
|--|------|
| a los animales, por educación.—La amistad de las ardillas... El poeta del sonido.—La avenida de los inspirados y videntes | 68 |
| XV | |
| NUEVA YORK, DE DIA | |
| Sigue la visita a los inmortales.—El Museo de Historia Natural.—La Aguja de Cleopatra.—La tristeza del adiós | 74 |
| XVI | |
| NUEVA YORK, DE DIA | |
| Borbotones de gente, que brotan de la tierra.—El comienzo del trabajo.—El ferrocarril de los aires.—Los ferrocarriles subterráneos.—Las tres vidas.—El respeto a la mujer.—La sobriedad en los lugares de tráfico .. | 79 |
| XVII | |
| NUEVA YORK, DE DIA | |
| Desconfiad de todo.—El Parque Bronx.—A caminar.—La ciudadcita de los brutos.—Recuerdos de la Patria | 84 |
| XVIII | |
| NUEVA YORK, DE DIA | |
| Los puentes de Brooklyn, Queensborough, Manhattan y Williamsburgh.—Milagros de Hierro.—La muerte de nuestro antiyanquismo.—La teología del martillo.—Pujan- zas bravias y realidades pasmosas | 91 |
| XIX | |
| NUEVA YORK, DE NOCHE | |
| Monopolio del gentilicio americano.—Ríos de luces de Bengala.—Globos multiformes de ascuas de colores.—Broad- | |

| | PÁG. |
|---|------|
| way es indescriptible, por la noche.—Soñamos en la gloria de la luz | 98 |

XX

NUEVA YORK, DE NOCHE

| | |
|---|-----|
| ¡Esto es divino!.—Palabras de luz.—Diluvio de coloridos.— Un retazo de noche en el Hipódromo | 104 |
|---|-----|

XXI

RUMBO A EUROPA

| | |
|--|-----|
| Ilusión de cosas mejores.—El camino salvaje de agua.— Las gaviotas, heraldos de tierra.—El Canal de la Mancha.— Cuxhaven.—Chocitas de paja.—El camino a Hamburgo.— La llegada | 109 |
|--|-----|

XXII

HAMBURGO

| | |
|--|-----|
| Militares que nos llevan al hotel.—Saludos del cuartel.— Hamburgo.—¿Esto es Europa?.—Desencanto.—Cine.— No hay que ver con lente ajena | 114 |
|--|-----|

XXIII

HAMBURGO

| | |
|--|-----|
| ¡Qué desengaño!.—Vamos a cegar por el medio circundante.— Veamos las cosas como son.—La belleza de la ciudad, sin comparaciones | 119 |
|--|-----|

XXIV

HAMBURGO

| | |
|---|--|
| El Alster .—Lo que es el Alster .—El Puente de los Lombardos.— BinnenAlster , AussenAlster .—El Sendero de las | |
|---|--|

| | PÁG. |
|---|------|
| Doncellas.—Edificios de los contornos.—El Alsterpavillon .—El por qué somos objeto de la contemplación femenina.—Esto es ideal | 122 |
| XXV | |
| HAMBURGO | |
| ¿Por dónde romper a caminar?.—Venga el vapor.—Lo que vale tener ojos negros.—La mejor galantería.—Qué resuello.—Las villas | 127 |
| XXVI | |
| HAMBURGO | |
| La libertad del beso.—La belleza mujeril.—Rubias que lloran por un negro.—Miserias del contraste | 133 |
| XXVII | |
| HAMBURGO | |
| El café del Ecuador.—Cafés.—Hamburgo es un montuvio .— Jardín des Fleurs .—El Herr Kappelmeister , loco del compás | 137 |
| XXVIII | |
| HAMBURGO | |
| La piedad del alma latina.—Rigidez del Schaffner .—Desprendimiento que produce risa.—Para eso hay Beneficencia.—Aquí no hay mendicidad.—El español y el sudamericano dan limosna | 141 |
| XXIX | |
| HAMBURGO | |
| Estatuas... y versos.—La visión de la bandera.—Otra vez la divina enfermedad.—El Canciller de Hierro | 147 |

XXX

HAMBURGO

- Avecillas inocentes.—Siempre el vientre.—Cariño que inspira la desgracia.—Vendedores de cadáveres.—Espectáculo hermoso 156

XXXI

HAMBURGO

- Fledermaus, Moulin Rouge... Trocadero...** 159

XXXII

HAMBURGO

- Aspecto de la generosidad.—Costumbres de cada pueblo.—El que consume paga 164

XXXIII

HAMBURGO

- La **Klinika, el Doktor, el Professor...**—Las flores, poesía del dolor 168

XXXIV

HAMBURGO

- El curandero.—**Scháfer Ast**, el taumaturgo.—Su enorme clientela.—Milagros de curación.—Como llegó a médico-empírico.—**Scháfer Ast** no cobra honorarios 174

XXXV

HAMBURGO

- El Nueve de Octubre.—La Bandera del Ecuador.—El Ecuador en España, en Sud Africa, en la China.—Propaganda infantil 179

| | <u>PÁG.</u> |
|---|-------------|
| XXXVI | |
| HAMBURGO | |
| Navidad.—El Dom.—Circo de pulgas.—La noche de Año Nuevo | 183 |
| XXXVII | |
| HAMBURGO | |
| Murgas.—El baile en las esquinas.—Encuentro inesperado.—Moléculas de Patria.—Dos santos viejecitos | 189 |
| XXXVIII | |
| HAMBURGO | |
| El camino a Stellingen .—El panteón, lugar de tráfico público.— Karl Hagenbeck's TierPark .—La fauna del mundo en este parque.—Maravillas no vistas.—Un macrocosmo con sus gestos y su vida | 193 |
| XXXIX | |
| HAMBURGO | |
| La princesa Atom.—Muñeca viviente.—Las gemelas Josefina y Rosa Blazek.—El niño Franzel y otras niñerías | 206 |
| XL | |
| LUBECK | |
| Lübeck, Venecia alemana.—Reminiscencias de Quito.—Lagos y canales | 211 |
| XLI | |
| BERLIN | |
| Primeras impresiones.—El café Bauer.—Kaisergalerie.—Pulmones de Berlín.—Lacras y costurones.—La bella cicatriz | 217 |

BERLIN

XLII

- Luz, luz...—Buscando la bandera.—Visión de emperadores y de reyes.—El espíritu de la alegría.—Voces que estallan y brillos que resplandecen 226

XLIII

BERLIN

- Instantes en la universidad.—Austeridad del maestro.—Comportamiento de los alumnos.—Reproches y aplausos 233

XLIV

BERLIN

- Las fiestas del Centenario.—Procesión de reyes.—Desfiles y revistas 239

XLV

BERLIN

- A volar en el Zeppelin.—Potsdam visto del aire.—El camino a Berlín.—Berlín visto de las alturas.—El lenguaje del silencio.—El gozo del retorno 245

XLVI

BERLIN

- Estudiante hamburgués que masculla castellano.—El doctor Pedro de Mugica, destripador de literatos y amoroso amigo de los gorriones.—El Diccionario Castellano de Mugica.—Dialectos de La Montaña, de Vizcaya y de Aragón, del doctor Mugica.—Barbarismos lingüísticos y barbarismos fonéticos de España.—España los trajo a América del Sur.—Su aclimatación en el Ecuador 156

XLVII

BERLIN

- Ultimas correrías.—El Palacio Real y el puente del palacio.—Las iglesias francesa y alemana.—La Gran Estrella.—El palacio del parlamento.—Andanzas por Bellevue y por algunos arrabales.—La alegría de ver un montículo y otras alegrías 262

XLVIII

COLONIA

- La ciudad de las cien iglesias.—Clérigos, en partidas.—Colonia, antesala del cielo.—Nuestra sensación, en la Calle de la Sangre.—El Agua de Colonia.—La belleza del Rhin.—Estatuas y el hermoso anillo de Colonia 268

XLIX

COLONIA

- La majestad del Dom.—Una de las mayores maravillas del arte gótico del mundo.—Profusión de obispos, santos, ángeles, reyes, emperadores....—Pilares de cuadros, paredes de vidrieras policromas, de motivos bíblicos.—Capillas suntuosas.—El corazón de María de Médicis.—La campana de 250 quintales.—Las torres.—Lo que se ve desde ellas.—Inscripción de nuestro nombre.—Dos palabras sobre el pueblo alemán 273

L

PARIS

- Vuela el Pullman.—Caseríos que pasan, como relámpago fugaz.—Inspección de aduana.—Al hotel Astoria.—Caminos que recorreremos.—Parajes con tronidos de marea.—Marejada humana.—Hombres convertidos en caballos.—Todo es cuestión de estómago.—Avanzamos.—Perdidos en el laberinto de las calles... 279

LI

PARIS

- Derrumbamiento de ilusiones.—París visto en los libros y por nuestros propios ojos.—Tiene razón el poeta.—Todo se ve del color del cristal con que se mira.—Lo que creímos que era París.—Dejemos de soñar.—Veamos las cosas como son.—Conviene orientarse.—París desde la torre de Eiffel.—La Plaza de la Concordia.—Impresiones y recuerdos 285

LII

PARIS

- El montículo de **Montmartre**.—Origen de este nombre.—Le Sacre-Coeur.—Panorama de París.—El bulevar y el templo de la Magdalena.—El puente de Alejandro III.—Los Inválidos y el sarcófago de Napoleón.—La Santa Capilla.—Miserias y contrastes 293

LIII

PARIS

- Películas que ya tenemos.—Algunos lineamientos de una noche de París.—Muñecas vivientes, de donaires artificiales, en persecución del **sou**.—Cuadros de **Folies Bergers**.—Danzas orientales.—Rondas de estrellas de lupanar, en la penumbra dorada.—La mujer liviana, Potosí de París.—Lo que son estas mujeres, en nuestro concepto 303

LIV

BURDEOS

- Contrariedades de última hora.—El dolor de la partida.—De París a Burdeos.—Burdeos andado.—La iglesia de San Miguel.—El monumento de los Girondinos.—El puente, monumento de piedra y otros monumentos 309

LV

SANTANDER

- ¡Tierra de España!.—Santander a la vista.—Mendigos que nos asedian.—La estatua de Pereda.—El paseo de Menéndez y Pelayo y otros paseos.—La estatua de Velarde.—El Palacio del Rey AlfonsoXIII.—El Sardinero.—Santander desaparece 318

LVI

TRINIDAD

- No nos resignamos a pasar en el camarote.—La isla Trinidad.—Todos dejan las armas.—Puerto de España, tacita de oro.—Sus calles.—La belleza de estas negras.—Emoción trágica...—La horca.—Deseos de no volver a esta ciudad, aplastada por la fuerza 326

LVII

LA GUAYRA

- Se nos acerca la tierra.—Se perfila la Guayra.—La primera vista.—El tragín del desembarco.—La política de la nave.—Intento de meternos en la Rotunda.—El tren para Caracas 333

LVIII

LA LLEGADA A LA PATRIA

- Tierra de Colón.—La emoción de los abrazos impensados.—Nos instalamos en el "Ecuador".—El espasmo divino de ver la patria.—Temblor de gloria y de milagro.—Localizamos lugares.—La entrada al Guayas.—Fondea el "Ecuador" 338